

MANEJO INTELIGENTE DEL RODEO BOVINO

Méd. Vet. Luis Rhades. 2003. Hoja Informativa Electrónica EEA INTA Concepción del Uruguay, II(78).
www.produccion-animal.com.ar

Volver a: [Bienestar bovinos](#)

COMPORTAMIENTO ANIMAL

Nuestra producción ganadera está llena de lujos. Las grandes caballadas, personal sobreabundante y poco preparado, la mortandad y mermas productivas derivadas del maltrato animal, son algunos de esos lujos que la ganadería Argentina se permite y que nuestros competidores, Estados Unidos y Australia hoy ya ha desterrado.

El manejo por la inteligencia, tan a tono con la moderna economía del conocimiento, donde las ideas son más importantes que los recursos físicos, requiere usar la cabeza. Es una de las tantas "tecnologías de costo cero", pues sólo exige poner en funcionamiento algo que ya tenemos, pero sin embargo parece mucho más fácil de decir que de hacer.

El comportamiento del bovino es bastante previsible, a condición que se use la inteligencia y no la fuerza bruta. Lamentablemente, en el manejo del ganado predomina el último enfoque, y se pretende obligar a los animales a hacer cosas que ellos harían de buen grado, si sólo se lo permitiéramos.

Para ello es necesario trabajar la hacienda con criterio científico, lo que permitirá que el buen manejo animal tenga costo cero en desembolsos de dinero, pero demasiado en cambios que muy pocos empresarios de campo están dispuestos a imponer en la forma de trabajar de sus empleados.

El manejo por la fuerza bruta es de alto costo en rendimiento animal, en caballadas y en personal. Exige más recursos y cuesta más en mortandad, morbilidad, caballos arruinados y empleados accidentados o simplemente cansados de un trabajo poco gratificante.

HÁBITOS EN EL MALTRATO ANIMAL

Los hábitos de maltrato en el manejo de la hacienda responden a una idea común, los animales son brutos y hay que manejarlos por la fuerza. En realidad, el bruto es el que trabaja mal el ganado, recurriendo a la fuerza cuando lo podría hacer mucho mejor con un mínimo de inteligencia.

1. Agredir a la hacienda.

La costumbre de agredir a los animales es la madre de todos los maltratos. Lamentablemente, muchos ganaderos adhieren a la idea de que el trabajo con hacienda es asunto de guapos, y toleran que se maltrate inútilmente lo que constituye su capital productivo.

La agresión incluye desde el ataque físico, como el acoso de los perros, la paleteada, los azotes o la picaneada, hasta la presión psicológica, como los gritos, el aspaviento, el acoso o incluso la mala actitud hacia los animales.

Un empleado que tiene mala onda con la hacienda la pone nerviosa con su sola presencia.

La hacienda no responde a la agresión, más bien sucede lo contrario. Responde bien si se le impone respeto, algo muy distinto de maltratarlo. El vacuno nos respeta porque nos teme, y se le puede despertar ese temor sin necesidad de agredirlo. Los vacunos, si se los sabe guiar, harán lo que se necesite de ellos sin necesidad de violencia. Si pretendemos amedrentarlos, comprobaremos que se trata de seres más grandes, más numerosos y más rápidos que nosotros, lo que los hará más difíciles de manejar.

La solución a este mal hábito es sencilla: hay que alejar del trabajo con animales a quienes sean agresivos y no acepten cambiar de actitud. La respuesta positiva de la hacienda es casi instantánea.

2. Hacinar la hacienda

Es un hábito que nace de la ignorancia sobre el comportamiento animal. El vacuno, como buen animal de manada, procura fugarse de sus predadores, entre los cuales nos contamos los humanos. No le gusta que lo dejen sin salida, pues choca contra su instinto de supervivencia.

Cuando no se sabe mover la hacienda aprovechando su impulso natural a la fuga, se opta por reducirla a la impotencia. Esto se nota en el hábito de llenar al máximo los corrales. Luego, es mucho más difícil hacer que los animales sigan adelante, porque no encuentran fácilmente la salida. A veces están tan asustados que ya no buscan salir sino apiñarse para protegerse de lo que perciben como un ataque de nuestra parte. Cuesta mucho desarmar estas formaciones trabadas, sobre todo si los corrales y toriles tienen mala forma, hay barro u otros detalles que compliquen la labor.

Este hábito de hacinar la hacienda también se manifiesta en la manga. Se tiende a poner un animal de más antes que uno de menos, para que no se puedan mover. Ese animal de más es el que va a complicar todo, pues hará que algunos se echen o caigan, que se suban unos sobre otros o incluso que salten fuera de la manga. Si hay

animales de menos, es cierto que éstos se moverán cuando uno vaya a aplicarles la inyección, pero siempre será más fácil que andar colgándose del borde de la manga para llegar al cuello del ternero echado. Esto, sin contar el daño que sufre un animal que sirve de piso a todos los que van pasando.

Esto tiene algunas excepciones. En Liniers, por ejemplo, se llenan los corrales al máximo y los animales se calman, pues ese contacto íntimo les da seguridad. Pero en el trabajo de campo, no es conveniente encerrar a los animales de esta forma. Los corrales deben ser lugares de tránsito, no de encierro. Cuanto más rápido sea el tránsito, mejor.

La solución también es sencilla: hay que llenar los corrales a medias. También conviene cortar los lotes grandes en varios lotes pequeños, para trabajar solamente con el grupo que nos interesa mover en cada tanda.

3. Empujar la hacienda de atrás

Es un esfuerzo inútil, pues genera resistencia y hace que el animal se dé vuelta o se refugie permanentemente. Combinado con el hábito de hacinar el ganado, lleva a que cada lote sea movido una y otra vez para entrar a unos pocos que están adelante, en vez de trabajar solamente con éstos.

En general, los animales que quedan atrás de cualquier lote son los más débiles. Es imposible que un animal rezagado, empuje a uno de adelante, que suele ser dominante. Como no quieren meterse entre las patas de los más fuertes, los débiles terminan por refugarse. Esto sucede en el trabajo de corrales tanto como en el arreo de tropas.

En corrales, es mucho más sencillo trabajar la hacienda de adelante hacia atrás, dejando pasar solamente la cantidad de cabezas que uno necesita que se adelanten. En el campo, es más importante el trabajo de los jinetes que flanquean una tropa, o la encabezan, que el de los que van atrás. Los animales que van a la cola se mueven hacia adelante por la atracción de los dominantes, que forman el cuerpo de una tropa, y no porque haya alguien empujándolos. Al contrario, si se los empuja, buscarán refugarse hacia atrás.

La solución es no presionar sobre la cola de los animales, pues ése es su punto ciego, y los induciremos a darse vuelta. Esto es más fácil decirlo que hacerlo, pues nuestro propio instinto de cazadores nos impulsa a ubicarnos donde las presas no puedan vernos, es decir, nos lleva naturalmente a ubicarnos en la cola.

4. Usar perros

Es un mal hábito, salvo que se trate de perros que trabajan mejor que uno mismo, que lamentablemente son muy pocos.

El perro es un cazador, el vacuno es presa. Las vacas se pueden habituar a los perros en el sentido de tomarlos como parte de su entorno, pero siempre los verán como una amenaza.

El problema es que el perro, por sí solo, no distingue entre dominar y maltratar. Cuando el perro no está entrenado para dominar sin maltratar, su instinto lo llevará a perseguir al ganado sin ton ni son. La hacienda se juntará o no, según las circunstancias. Si tiene un monte donde dispersarse y esconderse, lo hará, y caeremos en las tan tradicionales como innecesarias “recolutas”.

Si la hacienda no quiere entrar por una puerta, el uso de perros sólo servirá para complicar el trabajo. No es apretándola contra la puerta que haremos que el ganado acepte pasar, sino atrayéndola desde el otro lado. Si los movimientos internos se convierten en un acoso, la hacienda será cada vez más difícil de manejar, y a la larga, se saldrá con la suya.

El común de los perros de campo corre al vacuno de atrás, es “garronero”, le muerde las patas y no lo guía.

Si se trabaja con perros en los corrales, lo único que hacen es aterrorizar a los animales, aumentando el estrés y todos los males asociados.

Hay quienes sostienen que sin perros no podrían juntar la hacienda en el monte. La experiencia indica que es mucho más fácil juntar hacienda de monte sin perros que con ellos. Pero los hábitos son los hábitos, y al personal le gusta contar con armas poderosas, aunque hagan daño.

5. Apurar a la hacienda

Cuando hay que trabajar lotes muy grandes, y no se entiende que la forma más rápida de hacerlo es a la velocidad de los animales, la tarea se hará más difícil, más lenta y llevará innecesariamente al mal trato de los animales, por el apuro de terminar la tarea.

Si uno quiere pasar por la manga 200 animales por hora, lo mejor es dejar que los animales trabajen a su velocidad, aprovechando el impulso animal para dirigir su movimiento de fuga. Para eso hay que respetar tres reglas muy simples: darle tiempo, darle espacio y darle una salida; y posiblemente se procesen 300 animales sin sentirlo. Si uno quiere apurar a los animales, lo único seguro es que generará una reacción de resistencia. El proceso será más lento y trabajoso, habrá más animales lastimados, se romperán más cosas y los tratamientos sanitarios serán menos efectivos.

6. Presionar de cerca y no dar espacio

Es una consecuencia de los hábitos anteriores. Se agrede a la hacienda y ésta se pone a la defensiva. En vez de fugar de nosotros, se resiste. Se la hacina, con lo cual no tiene una salida clara, y luego hay que moverla a la fuerza o a palos. Se la empuja de atrás, lo que exige ejercer una presión física, a los pechazos. Si se usan perros en los corrales, los animales se apiñan, y para desarmar el racimo hay que meterse directamente entre los animales.

Cuando se trabaja en contacto físico, se está invadiendo la zona de lucha de los animales, que en vez de escapar, tratarán de defenderse de la agresión. Si se trabaja dos pasos más atrás, se les brindará el espacio suficiente para que encuentren una salida.

Si se trabaja cinco a diez pasos más atrás, mejor todavía.

El problema es que trabajar desde lejos no da la sensación de trabajar, cosa que se confunde con gritar, azotar, empujar. Dejar que el animal vaya solo parece muy lento, cuando lo realmente lento es el trabajo de ida y vuelta típico de nuestros campos. En el trajín, no se toma conciencia del tiempo que se pierde cuando, en vez de llenar la manga en un solo movimiento de fuga de los animales, donde nuestra función más importante es frenar a los animales para que no se agolpen en la entrada de la manga, hay que ir metiéndolos prácticamente de a uno, con gente en la manga tratando de evitar que reculen.

7. Usar más recursos de los necesarios

A resultas de los seis hábitos anteriores, el manejo de la hacienda se hace tan trabajoso, que la única solución que nos queda es aumentar los recursos: más personal, más caballos, más perros, más picanas y rebenques, más altura en los corrales y las mangas, más postes y tablones, en suma, más dinero. El resultado: más animales muertos o lastimados, más accidentes de trabajo, más reparaciones de instalaciones, más machucones en las medias reses, más tratamientos veterinarios, más estrés en el personal y en la hacienda. En otras palabras, menos rentabilidad para la empresa ganadera.

Tenemos más medios para imponernos por la fuerza, y correlativamente, ponemos menos inteligencia en el trabajo ganadero. Nuestros predecesores eran mucho mejores que nosotros, precisamente porque no tenían tantos medios. Cada vez se sabe menos cómo trabajar la hacienda. Si no se cuenta con personal capacitado, la intensificación ganadera suele salir muy cara.

CONCLUSIÓN

No se cuenta hoy con la experiencia de los antiguos, ni se encuentran las formas de resolver los nuevos problemas de la ganadería intensiva del siglo XXI, en gran medida porque no se sabe trabajar sin maltratar la hacienda. No es fácil cambiar hábitos muy arraigados, al punto de confundirse con la forma misma de trabajar. Son cosas que no cambian solas, sino que requieren un esfuerzo consciente de la dirección empresaria, tanto en la selección como en la formación del personal. Una vez que se cambia la forma de trabajar la hacienda, los hábitos indeseables desaparecen.

FUENTE

1. Seis problemas de manejo del ganado vacuno, Ph.D. Dr. Marcos Giménez Zapiola. 2001. Informe Ganadero, N° 501.
2. Mirando con ojos de vaca, Grandín, Temple. 1998. Marca Líquida. 8(72):24-26
3. La Zona de Fuga y el Punto de Balance: Cómo entenderlos, Temple Grandin. 2000. Dpto. de Ciencia Animal, Colorado State University, Fort Collins, CO 80523-1171.

Volver a: [Bienestar bovinos](#)